

establecidas. Esto es algo que puede resultar más difícil para el contemporaneísta, pero sólo si se resiste a asumir que la modernidad posee una historia que también implica importantes cesuras internas de significado de conceptos entre contextos. En un terreno más empírico, Albaladejo está sugiriendo que tal vez sus colegas deberían tomar como punto de partida menos la construcción del liberalismo en el siglo XIX y más las pervivencias que en términos de lenguaje —aunque no de discursos— se dieron entre la Monarquía Católica y la Nación de los católicos como fundamento de soberanía en que desemboca este libro.

Podría parecer que los diez años transcurridos desde ese 98 del siglo XX con que se abre el libro y la actualidad han venido de desconfirmar el planteamiento que ha ido animando sus distintas partes, pues la tentación de recuperar imaginarios ontológicos y angustiados de españolidad se encuentra ahora en pleno repunte. Pero esto no convierte esta obra sino en más actual. Para todo aquel que sienta un apego fuerte hacia una identidad nacional «españolista» necesariamente ontológica, he aquí la posibilidad de unos interesantes ejercicios de perplejidad, que pueden contribuir al sano distanciamiento, al comprobar desde qué diferentes matrices de significado ha podido concebirse esa supuesta España eterna o heredada; para quienes formamos parte del amplio contingente de ciudadanos incómodos con las connotaciones heredadas del pasado reciente en lo tocante al asunto, este libro ofrece un impagable punto de partida desde el cual al menos dar una oportunidad a la idea de España como tradición, entre otras cosas porque gracias a estas páginas dicha tradición que se hace ahora visible se muestra como un vasto patrimonio que no puede ser con facilidad apropiado por nadie y en el que hasta el momento sólo Pablo Fernández Albaladejo ha plantado sus reales. Quien aspire a competir por su representación, tendrá que hacerlo desde la altura intelectual de esta obra.

*Pablo Sánchez León*

ERIC FONER: *Who Owns History? Rethinking the Past in a Changing World*, Hill and Wang, Nueva York, 2003, 234 págs.

«La historia», observó el escritor estadounidense James Baldwin, «no hace referencia meramente, ni incluso principalmente, al pasado. Al contrario, la gran fuerza de la historia deriva del hecho de llevarla dentro, estamos inconscientemente controlados por ella en muchos sentidos, y está literalmente *presente* en todo lo que hacemos». La mencionada relación entre el pasado y el presente, y su impacto sobre el futuro, es el enfoque principal de esta colección de ensayos y discursos recopilados de Eric Foner. Uno de los grandes historiadores progresistas de los Estados Unidos, Foner hace hincapié en *Who Owns History?* («¿De quién es la historia?») no sólo en la forma con la cual nuestras preocupaciones en el presente condicionan nuestra exploración del pasado, sino

en la manera con la que el entendimiento del pasado determina nuestras preocupaciones y perspectivas actuales. Desde su punto de vista, este proceso simbiótico es de suma importancia dado que las perspectivas colectivas sobre el pasado tienen una innegable influencia sobre cuestiones políticas de primer orden, tales como las relaciones raciales, la reconciliación de comunidades divididas, la identidad nacional o la actitud hacia el mundo exterior. De hecho, durante las «guerras culturales» estadounidenses de los años 90, la representación del pasado generó enfrentamientos polémicos e incluso vitriólicos, como se puso de manifiesto en el feroz debate sobre si el aniversario del quinto centenario de la llegada de Colón a las Américas pudiera llegar a ser una fuente de orgullo o de vergüenza. Más aún, a finales del siglo XX y principios del XXI, la historia, en palabras del autor, «parece que ha entrado en la conciencia pública e individual de los estadounidenses de manera más contundente que en ningún otro tiempo reciente». La «función pública» del historiador, subraya Foner, le obliga a contribuir a debates en los cuales se invoca la historia con poco conocimiento o escasa comprensión, sobre todo cuando figuras públicas de la talla de la senadora Dianne Feinstein declara que los historiadores deberían evitar las interpretaciones y limitarse a los ‘hechos’.

Se podría argumentar que Eric Foner, hoy en día catedrático de la Universidad de Columbia, estaba destinado a ser no sólo un historiador sino uno progresista, aunque como él mismo observa «los sucesos son inevitables sólo después de que ocurran». Tanto tu padre como su tío, como cuenta en el revelador ensayo autobiográfico «Mi vida como historiador», fueron despedidos en los años 40 como profesores de historia del City College en Nueva York como consecuencia de las actividades de la comisión de Rapp-Coudert, un antecedente a nivel local del McCarthismo. Dentro del ambiente familiar, el joven Eric estuvo expuesto a interpretaciones del pasado estadounidense que fueron radicales en su día, pero que se dan por sentado actualmente, tales como la idea de que la esclavitud era la causa principal de la guerra civil o que la Reconstrucción fue una tragedia no porque se intentara sino porque fracasó a la hora de mejorar las condiciones de vida de los negros. No sorprende, por tanto, que entre los amigos de la familia se encontraba el gran actor, cantante, deportista y activista negro Paul Robeson, así como el influyente intelectual negro WEB Du Bois, o la figura olvidada de Frederick Douglass, el activista negro estadounidense más destacado del siglo XIX (y recuperado para la posteridad precisamente por Phillip S. Foner, el tío de Eric), fuera muy conocido dentro de la casa de los Foner. Tampoco extraña que Eric se involucrara en la lucha por los derechos civiles de los años 60 del siglo XX o el movimiento en contra de la guerra de Vietnam. Mientras tanto, bajo la dirección de Richard Hofstadter, el historiador más sobresaliente de su generación y sobre quien versa el segundo de los ensayos («La educación de Richard Hofstadter»), Foner llevó a cabo una tesis doctoral desmitificadora sobre el Free Soil

Party, que luego se publicó como su primer libro, *Free Soil, Free Labor, Free Men* en 1970.

Una estancia en Inglaterra en 1972-73 le abrió los ojos a la nueva historia social y del movimiento obrero de EP Thompson, Eric Hobsbawm y otros («mi obra histórica jamás será la misma»), lo que más tarde inspiró su siguiente publicación sobre el radical inglés Tom Paine y la Revolución Americana del siglo XVIII. Otra estancia en Inglaterra le llevó a ampliar su visión sobre el tema principal de sus investigaciones, las secuelas de la esclavitud en los EE.UU. Al final, esta investigación llevó a Foner más de diez años, publicándola en 1988 como *Reconstruction: America's Unfinished Revolution 1863-1877*, ganador de numerosos premios, entre los cuales destacan el de *Los Angeles Times* y el de Bancroft. Este tomo de más de seiscientas páginas trata del periodo caótico y turbulento durante y después de la Guerra Civil conocido como la Reconstrucción cuando, tras la abolición de la esclavitud, el gobierno federal declaró su intención de llevar a cabo el ideal de justicia racial y de igualdad social para los negros. Para Foner, los paralelismos entre Reconstrucción y la lucha por los derechos civiles en los años 1950 y 1960 («la Segunda Reconstrucción») son más que evidentes y, por tanto, le sirvieron de gran inspiración. Diez años después, Foner publicó otro gran estudio sobre la historia estadounidense pero esta vez en un marco cronológico mucho más amplio. En *The Story of American Freedom*, Foner analiza como los estadounidenses han interpretado y delineado el concepto de libertad desde la Revolución Americana hasta finales del siglo XX, concluyendo que nunca ha sido un concepto fijo pero sí muy disputado y de muchas dimensiones. En toda la obra de Eric Foner hay una preocupación central: la historia de las relaciones raciales en los EE.UU. y en particular la injusticia de la condición de los negros. Como comenta de su libro *Reconstruction*, «aunque naciera en los archivos, fue escrito desde el corazón». Al fin y al cabo, la convicción de Foner de que el pasado y el presente están íntimamente relacionados se refleja en su propio trabajo histórico, profundamente marcado por su experiencia personal y por los acontecimientos de su tiempo.

A pesar de su gran dedicación y prestigio académicos, Foner siempre ha estado muy preocupado, como queda de manifiesto en *Who Owns History?*, por la representación y la comprensión de la historia a nivel popular. Entiende que la relación entre la historia popular y la profesional es muy desigual. Por una parte, la historia en los EE.UU. nunca ha sido tan popular, como se refleja en el interés suscitado por películas de contenido histórico como *Gladiator*, *The Patriot* y *Pearl Harbor*, en el History Channel, uno de los grandes éxitos de la televisión por cable, o en los niveles record de asistencia a los museos de contenido histórico. Sin embargo, el tipo de historia que se encuentra en los cines, la televisión y los museos es de una naturaleza muy tradicional. Los *bestsellers* históricos tratan de temas, tales como los Padres Fundadores de los EE.UU., los exploradores Lewis y Clark, la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, que

también eran muy populares hace treinta o cuarenta años. De la misma manera, las dos exposiciones más populares del Museo Nacional de la Historia Americana en Washington DC son las que tratan de la presidencia y las primeras damas, mientras que el History Channel dedica mucho más tiempo a la historia militar y política que a la social o cultural. Por otra parte, la historia académica nunca ha sido tan especializada y tan inaccesible. De hecho, la gran fragmentación de la disciplina académica como consecuencia del impacto de las nuevas historias sociales y culturales ha hecho más difícil que nunca la construcción de narrativas coherentes.

Un ejemplo muy ilustrativo del espacio entre la historia académica y la pública es el tema de la esclavitud. El área de investigación de la historia de los EE.UU. más innovador y sobresaliente de los últimos treinta años es probablemente éste, pero su repercusión a nivel popular ha sido muy limitada. Por ejemplo, en la capital estadounidense existe un museo nacional dedicado al Holocausto, que recibe millones de dólares del erario público todos los años, pero no hay casi nada sobre la esclavitud en todos los museos nacionales juntos. Igualmente, entre los muchísimos monumentos dedicados a la Guerra Civil de 1861-65, solo un puñado hace referencia a los 200.000 negros que lucharon por la causa de la Unión. Sin embargo, las publicaciones académicas de los últimas décadas han demostrado que la esclavitud ha sido fundamental en la historia de los Estados Unidos, desde la colonización europea del siglo XVII, la Guerra de la Independencia y los debates constitucionales hasta los orígenes y las secuelas de la Guerra Civil, éstas últimas reflejadas en la sociedad estadounidense hasta nuestros días. En otras palabras, la historia popular es a menudo muy incompleta y eso, argumenta Foner, deja al público indefenso a la hora de enfrentarse a las realidades de la sociedad estadounidense, tales como el conflicto racial o la participación de su país en conflictos externos.

En un intento de ilustrar, y al mismo tiempo superar, este espacio entre la historia popular y la académica, Foner analiza en el ensayo sobre «Ken Burns y el romance de reunión» uno de los grandes éxitos comerciales de la historia de los últimos tiempos, la serie del canal público de los EE.UU., PBS, sobre la Guerra Civil estadounidense del director Ken Burns. En su disección del programa sobre Reconstrucción, Foner concluye que Burns presenta la guerra como una pelea familiar entre blancos cuya reconciliación fue posible gracias al reconocimiento en cada bando de la heroicidad y humanidad de su adversario y cuyo legado principal fue la conservación del estado-nación de los Estados Unidos. Con ello, Burns ignora no sólo que el precio de esa reconciliación fue el abandono de las promesas de igualdad jurídica y justicia social para los antiguos esclavos, sino que los orígenes históricos de los problemas raciales contemporáneos en los Estados Unidos datan del hundimiento de ese compromiso. «Irónicamente,» concluye Foner, «esa presentación de la historia a través del medio más moderno termina reforzando una visión de la guerra y su legado que tiene más que ver con el nacionalismo romántico de finales del siglo XIX que

con la interpretación contemporánea de la complejidad de la guerra y de sus consecuencias ambiguas».

La tergiversación de la historia pueda tener unas secuelas aún más directas, como intenta demostrar Foner en su análisis de los fundamentos históricos de las sentencias del Tribunal Supremo de la década de los 1990 sobre cuestiones raciales, especialmente su actitud hacia los derechos civiles y en particular hacia la 14ª enmienda. La restringida y «ahistórica» comprensión del Tribunal, enfatiza el autor, ha tenido unas consecuencias muy graves, sobre todo para los programas de discriminación positiva que incluyen la abolición de la segregación en las escuelas y las competencias de los negros elegidos para puestos públicos. Foner también pone en cuestión los fundamentos liberales de los Estados Unidos en relación con el tema muy disputado de lo que es la identidad nacional. La historia de los EE.UU. revela que derechos y valores aparentemente universales, tales como la democracia y la libertad, han sido construidos sobre la diferencia y la exclusión. Para empezar, los EE.UU. fueron creados sobre una libertad que yacía, en gran parte, sobre la esclavitud. Después de la Guerra Civil, la 14ª enmienda estableció la igualdad entre todas las razas, pero esa extensión de los derechos de ciudadanía aún no abarcó ni a las mujeres ni a las personas de origen asiático. Más aún, el fracaso de la Reconstrucción en los años 1870 fomentó de nuevo la idea de que las personas no blancas no estaban capacitadas para ser ciudadanos. Hasta la *American Federation of Labor* afirmó que los negros, asiáticos e inmigrantes europeos no podrían ser auténticamente 'americanos'. No extraña que la celebración de la diversidad étnica y racial de la sociedad estadounidense fuera una idea minoritaria hasta la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, el concepto de 'un estadounidense' siempre ha sido muy disputado y la historia de los EE.UU. demuestra, como observa Foner, que su trayectoria no ha sido «un progreso de tipo *whig* hacia cada vez mayor libertad e igualdad sino una historia compleja en la cual se avanza y se retrocede, los derechos se extienden y se pierden, y las ideas desacreditadas desde hace mucho tiempo vuelven como fantasmas para rondar generaciones posteriores».

Sin embargo, la visión histórica de Eric Foner no se limita a los Estados Unidos. Estancias en Rusia en 1990 y en Sudáfrica en 1994, esta última tras la victoria del ACN en las primeras elecciones generales democráticas, le impulsaron a analizar una vez más, como queda de manifiesto en sus contribuciones a este volumen sobre estos dos países, como el cambio político y la crisis intelectual puedan llevar a un replanteamiento radical de la historia. «Un futuro nuevo», observa el autor, «necesita un nuevo pasado», y en este proceso el historiador tiene «un papel crucial», sobre todo cuando «por todas partes la historia es política». Asimismo, Foner hace una reflexión en otro capítulo sobre las posibles lecciones que se pueden sacar de la historia de la globalización para el futuro del planeta. Más aún, su notable conciencia de la historia fuera de las fronteras de su propio país le lleva a Foner a poner en duda la excepcionalidad histórica de los Estados Unidos. Esto no es un planteamiento cualquiera, dado

que ningún país del mundo está más convencido de su excepcionalidad que los EE.UU. El autor se acerca a ese debate eterno a través de la cuestión clásica sobre «¿Por qué no hubo socialismo en EE.UU.?» En un análisis comparativo muy amplio, Foner no sólo critica la supuesta excepcionalidad del movimiento obrero estadounidense en comparación con el europeo sino desmantela la propia pregunta con la observación de que ningún país occidental ha experimentado una revolución socialista duradera. En otras palabras, la pregunta no debe ser «¿Por qué no hubo socialismo en EE.UU.?» sino más bien, «¿Por que no hubo socialismo en el mundo occidental?».

Hay que aplaudir la enorme curiosidad por el pasado de Eric Foner, la diversidad de perspectivas y su reivindicación de la importancia de la historia. Su estilo sencillo y directo es muy fácil de leer, y, a pesar de su posición ideológica explícita, hay muy pocas ocasiones en las cuales sus comentarios pequen de sectarios. Más, su insistencia en que los historiadores deben ser los primeros en poner en evidencia los abusos de la historia es de relevancia para cualquier país. Es una pena que no haya entre los ensayos unas consideraciones generales sobre el uso y el abuso de la historia en la enseñanza, la política o los medios de comunicación. Y, como muchos historiadores progresistas, Foner tiende a idealizar a los «de abajo» y, como buen marxista revisionista, también minusvalora, a veces, los logros de la democracia ‘burguesa’. Llega a afirmar, por ejemplo, que las transiciones a la democracia en América Latina y el este de Europa de los años 1980 fueron «una formula para no cambiar las cosas». Por último, hay un evidente peligro en su afirmación constante sobre los vínculos existentes entre la historia y la actualidad, ya que es muy fácil convertir el análisis histórico en una forma de hacer política, como el caso español demuestra sobradamente. Los procesos del pasado también ejercen su propia fascinación y por tanto su reconstrucción tiene más que ver, en muchas ocasiones, con su innato interés intelectual que con la luz que puedan arrojar sobre el mundo contemporáneo. No obstante, esta colección de ensayos de Eric Foner es muy de agradecer por su lucidez, porque es poco habitual encontrar una visión histórica tan amplia y, como no, por su gran espíritu humanitario.

*Nigel Townson*